

JEAN MONOD, EL ANTROPOLOGO CANIBAL

por Luis Muñiz

Alguien me dijo una vez que Margaret Mead había escrito: "El que no se aguanta a sí mismo, estudia psicología; el que no aguanta la sociedad, se hace sociólogo; y el que no se aguanta a sí mismo ni tampoco a la sociedad, acaba siendo antropólogo". Mi ignorancia me impide afirmar que la frase haya sido escrita por Margaret Mead o por cualquier otro antropólogo, mas, sea como sea, no es ningún desatino. Y nada mejor para confirmarlo que la lectura del libro de Jean Monod, **Un rico canibal** (1).

El antropólogo huye de su medio y de sí mismo. Intoxicado, pérdida de la incierta pureza de los orígenes que intuye, arriba a confines en los que cree se alberga el saber del que ha sido despojado, la inocencia que le ha sido arrebatada, el lenguaje que ha olvidado. Sorpresas le aguardan. Las regiones de la pureza ya no existen, los indios ya no son indios. "...lo que los fascina es el dinero.. El mal tiempo, los andrajos, las oraciones y las preocupaciones de dinero me dan más bien la impresión de que estoy ante una sociedad que quizá un día fue india, pero que hoy corre cuesta abajo hacia la vagancia pícaro y mendicante... ¿Qué es lo que poseen? Les queda una herencia de gestos que les permite todavía vivir lejos de los centros de aprovisionamiento blancos, pero han mordido con demasiada fuerza el anzuelo tecnológico para que puedan perdurar solos todavía mucho tiempo".

Y no obstante algo debe quedar, más arriba, más recóndito, en la selva. Y algo queda. Mas ¿de qué sirve? El mundo de los indios lo esquivo, se le cierra. Imposible hacerles ver que está de su parte, que huye de la civilización que los acorrala y extermina. Inútil tratar de convencerlos de que busca despojarse de su ser civilizado, de que quiere aprender, redimirse entre ellos. El espejo que los indios le tienden lo devuelve siempre a su lugar. No hay transferencia posible; su ser a los ojos del indio está investido de la sociedad que pretende haber abandonado. ¿A qué indagar en la palabra? ¿A qué rastrear en la mitología? Un único mensaje emiten para él: su palabra mata; él es un canibal que viene a comérselos. "El asesinato del mundo es el acta de nacimiento de la razón. Asesinato cuya máscara llevo, y que sus bujías me devuelven... No vale la pena ir hasta el ombligo de su mundo para vivir su mensaje en mi carne. Yo no he cambiado de piel, pero ellos me han puesto una máscara a mí. El mensaje de los deárúas está en mí, vivo detrás de esa máscara; devoración de la máscara que

me corroe, disolución de mi carne y de mi historia bajo los dientes acerados de la máscara vuelta hacia el interior.

Yo quería la experiencia además de las palabras. Si el lenguaje está muerto ¿qué otra experiencia que la de la muerte que ha matado las palabras? La muerte no es ya esa fisura, esa pérdida, ese vacío que no hace mucho me separaba del mundo y que yo creía delante y detrás. La muerte no está ya entre el mundo y yo: está en mí, es yo mismo, y la máscara que me han dado los deárúas, es el último hilo que me une al mundo.

Triste destino el del antropólogo. Busca la vida y es portador de la muerte. Su condición es la de un exiliado por partida doble; del mundo en que habita y del que quiere habitar.

Si nos atenemos a la distinción de María Zambrano (2) entre el filósofo y el poeta, el antropólogo se situaría en medio de los dos. El antropólogo como el filósofo "quiere ser", pero quiere ser en el origen. A diferencia de él, que mira hacia adelante, que se abre paso con su voluntad a través de la nada y forja su sistema cortando toda ligadura con el origen, renegando de su pasado y de su filiación, el antropólogo, como el poeta, vuelve sobre sus pasos, se retrotrae al origen. Como dice Savater: "La nada es el secreto de lo que hay, entraña de lo dado que desazona por igual al poeta y al filósofo; pero éste se violenta contra ella y aniquila racionalmente todas las cosas, buscando por esta vía purificadora lo impercedero, que resultará ser la propia razón, mientras el poeta celebra con su canto melancólicamente triunfal a

las cosas en su secreto mismo, en su nada". El poeta pretende una comunión con este secreto. Aspira a unirse con los acordes que en las cosas le hablan de lo dado desde el origen. Se entrega a seguir los ritmos arcanos del universo. En palabras de María Zambrano: "El poeta se desvive alejándose de su posible 'sí mismo' por amor al origen". El antropólogo quiere ser y también recuperar la inocencia primera; quiere el ser y el origen. Oscila entre ambos; no renuncia a nada y lo pierde todo.

"Los vampiros no tienen reflejo; estas notas son lo contrario: espejo de la nada que me devora". (Jean Monod). Confesión angustiada del antropólogo que confirma su desvalimiento. El filósofo y el poeta parecen tener más recursos: "El uno quiere ser y de ese querer saca un corazón abstracto e impercedero que de nada depende, salvo de su voluntad; el otro escucha el latido de la propia nada, secreto de las cosas que perdura desde el origen y que ni la embriaguez ni el raciocinio logran acallar, y al escucharlo sin hostilidad obtiene por fin un melancólico corazón". (F. Savater). ¿Cómo labra el antropólogo su corazón? Es muy posible que necesite el buril del filósofo y del poeta.

Magistralmente escrito, el libro de Jean Monod es un libro verdadero. Esto es, escrito por un hombre cuyo pulso se siente en cada página. Los siervos de la Ciencia y de la Instancia Económica, incapacitados para descompartmentar su mente esclerótica, harán mejor en abstenerse.

1) Siglo XXI editores.

2) Artículo de F. Savater. "Angustia y secreto". Rev. Univ. México. Sept. 1981.

